

piendo osadamente con su tiempo, se eleve por su propia razón a los más altos ideales de justicia. La sociedad te absuelve a par de tu conciencia.

—Ni la moral es para tí absoluta.

—La moral, como todo lo humano, no es: va siendo. Quizá no pase medio siglo sin que tus actos y tus ideas

morales sean objeto de general censura.

El hombre, repito, es el eterno mudar: no hay en él nada absoluto.

(Del libro *Diálogos y artículos*, de Pi y Margall. De venta en la librería «Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & Cía.)

Una lid en que todos vencen

Los enemigos del sufragio universal y del parlamentarismo han tenido a su disposición recientemente vigorosos argumentos de hecho suministrados por la historia política contemporánea de las naciones más cultas. En Francia es un hecho aceptado con dolor para los amantes de la República que las elecciones se hacen dentro del programa enviado desde París por el ministro del Interior a los prefectos y sub-prefectos. Las últimas elecciones de Italia, reñidas y tumultuosas, dan todavía que decir en aquél país sobre la coerción ejercida por el gobierno y sobre las maniobras y combinaciones secretas por medio de las cuales el gabinete se hizo una mayoría descontando su triunfo en un pacto con el partido clerical. Las elecciones en algunas comarcas tomaron el aspecto de feria, en otras de campo de batalla, y la cultura de la *terza Italia* no ha salido en efecto muy bien librada. España sigue dándole al mundo el espectáculo lastimoso de que no es necesario doctrina ni programa para ganar unas elecciones. El partido que esté en el poder señala sin premura el color de los candidatos triunfantes.

En Inglaterra, hasta en un período no muy remoto, solían los partidos hacer uso de malas artes para forzar el resultado de las elecciones. Leyes severas dictadas a tiempo han moralizado el sufragio, pero una gran masa de los electores tiene aún poca fe en el principio y en su desarrollo. Hay voceros de algunas agrupaciones que recomiendan la abstención y preconizan la excelencia de la huelga sobre el

voto en su forma presente. Sin embargo, sería injusto no darle a Inglaterra la supremacía en cuanto se refiere a la pureza del sufragio. Los hombres acaudalados ponen sus automóviles al servicio de su partido para traer votantes a las urnas; los propietarios que tienen voto en más de un distrito se sirven del vapor para acudir a varias urnas dentro de las horas de un día; pero todo ello queda dentro de las determinaciones de la ley.

En los Estados Unidos una elección presidencial es una gestación dolorosa. Los negocios se paralizan al acercarse el día de sufragar. Las industrias se resisten y el día en que los ciudadanos acuden a depositar sus votos en favor de los electores quedan en el campo muertos y heridos. El lenguaje de los periódicos que se mezclan en la campaña toca las notas más altas del impropio, y no se detiene sino ante la calumnia que la ley castiga. No queremos hacer el recuento de los procedimientos electorarios en la América ibera. Antes de ahora teníamos el privilegio de las zambras democráticas. Ya empiezan a disputárnoslo las monarquías y las repúblicas de la culta Europa, y no es el caso de determinar aquí prolijamente de qué lado del Atlántico va quedando el campeonato.

Estas consideraciones nos han venido en mientes para registrar con entusiasmo el resultado de la elección presidencial en Colombia, y la forma en que el pueblo de ese hermoso país ha cumplido con la más importante de las funciones democráticas. Queremos dejar constancia de la actitud absoluta-